

# Ficciones

Sara Alatorre

*“El sueño, en sus representaciones, /sombras suele vestir de bulto bello” afirma Góngora en un célebre poema. Sara Alatorre explora, a través de estas ficciones breves, el luminoso mundo de los sueños y sus sorprendentes manifestaciones.*

## SUSTANCIAL

Estoy con mi *Maestro* en una cama. Él es *alto* y muy corpulento, como un dios griego. Me hace la siguiente revelación: “Cuando eran niñas, tu hermanita se murió.” Le pregunto: “¿Se murió y renació?”

—No. —Me pone las puntas de los dedos en el corazón (¿en la frente?)— aquí, y la tienes que hacer renacer.

—Pero tengo tres hermanas.

—La de las estrellitas.

Me abrazo a él. Hundo la cabeza en su pecho. “No estoy segura de cuál de ellas es”.

—No estamos seguros de nada.

—Y estamos solos. Eso es lo terrible de la vida; eso es lo maravilloso de la vida.

Es mi Maestro; es un semidiós o un dios a la manera de Pessoa: casi humano, por eso duda y por eso mismo conversamos en una cama y me abrazo a él.

## PUDOR

En una extraña disposición de espacios, la casa cuenta con: una estancia convertida en recámara; luego la única alcoba de origen, junto al baño; finalmente, la cocina junto a otra estancia también convertida en recámara.

Habitan la casa cuatro seres, en aquel mismo orden: dos mujeres a la entrada; otra mujer en la alcoba; un hombre en la última pieza, junto a la cocina.

La intimidad es difícil, pero todos son cuidadosamente pudorosos.

Una noche, la mujer sola sueña un pantalón de pijama masculino dejado por ahí, al descuido. Sabe que es masculino porque, despatarrado sobre la silla, la bragueta ha quedado en primer plano.

## COMPLETELY INSANE

Enorme, la casa está llena de andadores y espacios misteriosos. A cada movimiento o desplazamiento aparezco en una pieza distinta, como si se tratase de un curioso baile entre espejos, o como si atravesara una puerta giratoria. Por fin encuentro lo que constituye *mi* espacio. Me reconozco en cada objeto y mueble.

Me encuentro entonces con los gatos. Sé que hay varios por toda la casa y el jardín, pero aquí, en mi cuarto, hay por lo pronto uno. No parece violento, pero los que se ven en el jardín interior al que da el ventanal de la pieza sí lo son. Hacen un estruendo de maullidos y levitan crispados, colmillos al aire. La escena me espeluzna de tal manera que agarro lo primero a mi alcance y golpeo de muerte al que está en el cuarto; es un acto tan ajeno a mí que logro verlo fuera de mis zapatos, por así decir. Jamás olvidaré la carita del pobre gato ante la furia del primer golpe.

Salgo por la puerta anterior del cuarto, la que lleva a los andadores. Busco a mi nana, necesito contarle de lo sucedido y llorar entre su abrazo esponjoso. Pero a quienes encuentro es a mis hermanas, que se ven extrañamente alegres. Yo urjo por ser oída y consolada, pero al acercarme dispuesta a echarme en sus brazos veo que llevan narices rojas de payaso. Comprendo estupefacta que están dementes; no me oyen ni se detienen siquiera.



No obstante, entre ellas se dicen cosas que parecen tener sentido, luego de lo cual prosiguen a toda carrera entre risotadas por el pasillo.

Es perentorio que encuentre a mi nana. Lo del gato..., bueno, pero, ¡mis hermanas!

Me encuentro entonces con las alimañas. Una avispa no pierde tiempo y me clava su aguijón en la coronilla. Busco un pañuelo en el cajón y entre la ropa encuentro una araña despatarrada...

Mi terror va en aumento; huyo y, ¡por fin!, veo mi nana al final de pasillo. Corro hacia ella, le ruego que saque el aguijón de mi cabeza antes de que el veneno actúe. Pero ella también se volvió autista.

#### CRONOS

Mi hermana Rosa y yo precisamos salir de casa urgentemente porque Quino está muy violento (¿por qué motivo?).

Echamos a andar por las calles circunvecinas hasta llegar a una tienda de chácharas. (Nunca supe por qué me gustan tanto las antiguallas.) Ahí me enamoro de un reloj de bronce u otro metal, con una figura que representa a, ¿la muerte?, ¿Don Quijote? El caso es que me encanta y lo quiero comprar. El dependiente me dice que vale treinta, pero está valuado en libras esterlinas. Yo recuerdo que en casa hay una caja con dinero, algu-

nos dólares que han quedado de los viajes. Decido regresar allí y sacar el dinero sin que Quino me vea. (Hay alguien más en la casa, ¿quién?)

Entro y voy directamente a la caja. Tomo el dinero; Quino me descubre. Agarro fuertemente el rollo de billetes y salgo corriendo, pues Quino ya me ha urgido a que se lo entregue; precisa pagar una deuda, según dice (¿la presencia aquella?). Está inusual y gravemente violento; parece dispuesto a *todo*.

Ya en la calle, me persigue aún; yo corro con todas mis fuerzas para entrar en la “Cafetería francesa” de la esquina, llena de gente por lo demás. Aquél no se atreve a entrar. Me localiza con mirada amenazante a través de la vitrina. Luego, parece cansarse de esperar y regresa por sus pasos. Entonces yo aprovecho para salir por la puerta trasera del café y huir despavoridamente, los billetes bien apretados. Ahora se trata de alcanzar a Rosa en la tienda.

(Recordé que mientras veía el relojito aquel, segura ya de que lo quería comprar, entra un señor que al verlo también se enamora y lo quiere llevar. Yo me apresuro a decirle: “El precio está en libras y yo *ya* lo voy a comprar”. Él se conformó, y es cuando decidí ir a la casa por el dinero...)

Como he salido por la puerta trasera de la pastelería, que da hacia la *otra* calle, desconozco todo el panorama, por así decir. Pregunto en vano a los paseantes por la tienda, pero en la prisa por ir a buscar el dinero ni siquiera me fijé en cuál calle estaba. Al dar vuelta en una esquina, mientras decido entre la acera del sol y la de la sombra para proseguir el recorrido, diviso la tienda. Corro hacia allá, emocionada de reencontrarme con mi querida hermana. Mientras me aproximo, intento localizarla a través de la vitrina. Ahí está, pero no está sola. (Nunca supe por qué me gustan tanto las antiguallas.) Ahí me enamoro de un reloj de bronce u otro metal, con una figura que representa a, ¿la muerte?, ¿Don Quijote? El caso es que me encanta y lo quiero comprar. El dependiente me dice que vale treinta, pero está valuado en libras esterlinas. Yo recuerdo que en la casa tengo una caja con dinero, algunos dólares que me han quedado de los viajes. Decido regresar allí y sacar el dinero sin que Quino me vea...

#### MÁS ALLÁ

Luego de una larga caminata por una zona semidesértica, llego a una rara construcción. Trepo por uno de sus muros empleando una escalera manual y la propia escalera del edificio. Es muy alto. Desafío las alturas con placer consciente. Al llegar a lo más alto, asomo por la barda del traspatio y descubro que podría ir más allá con el equipo adecuado.

Salgo por la puerta anterior del cuarto, la que lleva a los andadores. Busco a mi nana, necesito contarle de lo sucedido y llorar entre su abrazo esponjoso.

Lo que veo del otro lado es: 1. La azotea del edificio contiguo, cuyo suelo está cubierto por una alfombra de hierba roja y seca. Es tan bella que ya quisiera pegar el brinco; y 2. La promesa de una aventura casi al infinito: un campo inexplorado e incitante. Pero decido regresar por mis pasos y volver más adelante para emprender la aventura a ese más allá.

Mientras bajo de vuelta por la escalera, en uno de los escalones encuentro el brazo de un árbol espinoso y amenazante. Con toda tranquilidad, calma y seguridad, aparto con la mano derecha la rama, calculando con sumo cuidado por dónde la tomo, un lugar libre de sus espinas y savia mortal. Bajo, sigo bajando y, antes de soltar la rama por detrás de mí, calculo, también con todo cuidado, la forma de soltarla, a fin de que no me golpee por el latigazo: la suelto con suavidad mientras alcanzo los últimos peldaños. La rama vuelve a su sitio, imperturbada.

Luego, entro en la casa; parece de factura extranjera: india o pakistani. Es bella y está llena de objetos hermosos. Hay un hombre (al que nunca veo), que le pide a alguien más (que tampoco veo) que lo ayude a dar los últimos toques a su aposento, pues va a haber un escrutinio: un concurso sobre el orden y la pulcritud.

Ve el momento en que la cama —que está casi a ras de suelo, con un cubrecama rojizo del mismo color que la azotea aquella— es alisada por unas manos que le dan los últimos toques. Yo, que gozo de observación privilegiada, descubro que en la parte superior —una especie de cabecera alargada que forma parte de la cama— los indios extienden un panel de cosas necesarias para el sueño. Este panel debe ir enrollado cuidadosamente en la horizontal de la cabecera, pero como yo he hurgado por doquier, descubro que este panel está desenrollado y exhibe los enseres para el sueño, muy secretos para los indios. Me apresuro a enrollarlo.

#### MORFOSIS

En una pieza donde me encuentro con Flavia y Nana, aparece bajo algún mueble un escorpión. Es ambarino translúcido y se mueve con pasmosa rapidez. Yo me hago a un lado; contemplo cómo ellas intentan matarlo a pisotones, pero el bicho huye, se mete por cualquier resquicio, para después reaparecer como enloquecido de terror ante su cercana muerte, o como si retara a mis amigas.





Al ver los infructuosos esfuerzos de Flavia y Nana por aniquilar al bicho, experimento una mezcla de horror, furia y repulsión que acaba por movilizarme; me saca del pasmo inicial. Me lanzo entonces a la persecución del animal. Mis amigas no se quedan atrás, participan moviendo cosas del suelo para quitarle resguardos al escorpión. (La pieza está revuelta, hay ropa y trapos dejados por ahí.) En medio del caos y el revuelo, las tres proferimos imprecaciones y malsonancias, el cuero enchinado.

Al verlo reaparecer de entre los trapos, Flavia logra al fin pisarle la cola; yo aprovecho para asestarle un golpe y otro, y otro más (¿con qué?). Cuando vuelvo en mí de la extraordinaria furia con que lo golpeo ha dejado de ser el escorpión original: ahora es una criatura insólita (¿qué?). Su cabeza, como del tamaño de una pelota regular de esponja, parece la de un bebé hinchado con los ojos aún sin abrir, mientras que el cuerpo —que adivino tubular bajo el trapo que lo cubre— parece medir unos quince centímetros.

Me detengo al ver que literalmente he aplastado su cabeza. Parece un tomate mediano al que se ha dado un contundente pisotón que lo ha hecho estallar. Unas gotas de fluido caen a los lados.

#### NOVIAZGO

Tengo un novio. Sus padres viven en El Havre y han decidido compartir su vivienda con nosotros. Cosa a cosa, mi novio y yo acabamos por mudarnos ahí.

Al ir a colgar mi ropa en el clóset lo encuentro vacío. Me doy cuenta de que los padres de mi novio se han ido para dejarnos el espacio. Su gentileza me llena de asombro.

Los días pasan.

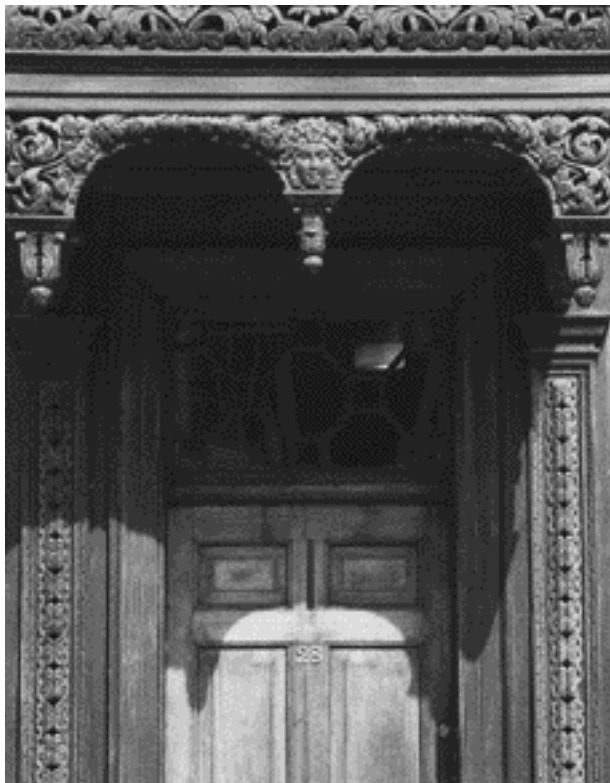
Mientras hago abdominales, mi novio mira la televisión. Una escena llena de cotidianidad. Cada vez que me levanto de la abdominal, le tapo la televisión, tan reducido es el espacio.

Luego reviso que en el clóset no quede nada de sus padres: quiero pintarlo, ponerlo en orden...

Echo una mirada por la breve sala. Con muebles y enseres ya acomodados todo se ve muy bonito, pero extrañamente *déjà vu*.

#### PROSCENIO

Le aplaudimos a los artistas. Como yo estoy en un lugar del teatro que me permite ver y oír todo lo que está en movimiento —los actores con sus ademanes de agradecimiento, los espectadores con sus aplausos y exclamaciones, y el proscenio, que es sólo una carpa de circo—, tengo la libertad de enfocar y desenfocar tanto los detalles como el conjunto. Entre el público arrobado por la escenificación (ya de pie, entre palmas y “bravos”), descubro a un payaso del circo, maquillado y con su nariz de bola roja, que se entrega por entero en el aplauso. Acercó el binóculo y descubro que es un enano, y que la mueca del maquillaje no logra ocultar su emoción estética ante lo que acaba de presenciar.



#### UNA PROBABLE FAMILIA

Voy en el coche de Rosa con varias personas más y un perrito bebé. Nos dirigimos a la casa de uno de los hijos de mi primo Lucio (la otra hija huyó con el novio). En el trayecto, tía Gema comenta que la casa del muchacho es muy pequeña. Al llegar, todos bajan del coche cargados de cosas. Alguien debe llevar en brazos al perrito, y sólo quedamos Rosa y yo. Cuando nos disponemos a tomarlo en brazos, se hace caca con diarrea. Rosa y yo exclamamos “¡oh!” y “¡újule!” mientras vemos atónitas que, además, comienza a vomitar un miasma indescriptiblemente agónico, en medio del que aparece un gusano largo y anillado que me deja sin palabras en ese momento y ahora que lo intento describir. Todo esto ha ocurrido en el asiento trasero de la flamante camioneta de Rosa. En ese momento, que ella enfrenta con inusitada resignación, me pregunto quién irá a limpiar esa inmundicia.

Entramos por fin en la casa del chico aquel, que no es para nada pequeña, como dijo tía Gema. Al contrario, yo la encuentro perfecta como para mí o cualquier otro, pero en este caso resulta que *todos* están ahí casi de planta, lo cual ciertamente reduce hasta el aire que se respira. (Por lo demás, hay opiniones y gustos para todo.) El caso es que cuando entro, llevo en brazos a un bebé recién operado; tiene una rajadura en la parte media de la columna, por la que se le ven los dentros, que corresponden más bien a los de un muñeco destripado: una suerte de mecanismo con restos de borra o algodón sin refinar. Ese bebé es en realidad un adulto

(mi primo Lucio) que ha recuperado la infancia en términos de talla, pero que conserva intactos su mente, sus experiencias de vida e incluso su decrepitud. Yo miro consternada la abertura en su espalda; la familia hace comentarios a ese respecto que no recuerdo, pero que claramente se refieren a que la criatura no la tiene fácil, pese a la oportunidad de prácticamente haber vuelto a nacer.

En el trayecto a la recámara donde lo llevo a acostar, el bebé mira las fotos de un niño y una niña de entre ocho y diez años, que cuelgan de una pared, y exclama: “¡Oh, mis niños; mis amados hijitos!”.

De vuelta en la sala, el hijo de mi primo Lucio que vino con nosotros, un apuesto joven de unos quince o dieciséis años, se apresta a salir por la noche. Es un muchacho voluntarioso y a todas luces anda en malos pasos. Al despedirse, se acerca y me toma por la cintura a la fuerza; me invita a irme con él —“¡pero ya!”—, y me besa en la boca. Para evadirme, le respondo que antes me permita polvearme, pero eso lo hace enfurecer y se larga de ahí. Tía Gema rompe en llanto.

Con su manita de bebé, el convaleciente hace sonar la cucharita de plata contra la copa de cristal. Aún es figura mayor en la familia y a él corresponde dar los anuncios importantes en la cena. Como ahora no hay anuncios —las malas conductas saltan a la vista— prefiere pronunciar un discurso que arranca bostezos generales. En un desmesurado bostezo, tía Gema deja entrever el bocado de pan que se echó furtivamente a la boca; las dos lagrimitas de costumbre resbalaron por sus pómulos. U